

mdrsrs e2

118222/6
~~1080265~~

24/Nov/08 JAK
18/abril/06 JCS

PERSONAJES

Kateb Yacine

EL CADAVER CERCADO

Seminario Multidisciplinario José Emilio González
Departamento de Estudios Interdisciplinarios
Facultad de Humanidades
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

- LAKHDAR
- NEDJMA
- MUSTAPHA
- HASAN
- TAHAR
- EL MERCADER
- EL COMANDANTE
- MARGARITA
- EL MENSAJERO DEL PARTIDO
- EL ABOGADO
- EL CORO DE MUJERES
- EL CORO DE HOMBRES
- OFICIAL 1º
- OFICIAL 2º
- EL JEFE DE LA POLICÍA
- LA MADRE DE MUSTAPHA
- ALÍ
- HOMBRES Y MUJERES DEL PUEBLO

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

La Casbah, más allá de las ruinas romanas. Al final de la calle, un mercader, en cuclillas, delante de su carretilla vacía. Un callejón desemboca en la calle, formando un ángulo recto. Multitud de cadáveres se amontonan, sobresaliendo por encima de los muros. Cabezas y brazos se agitan desesperadamente. Algunos heridos vienen a morir a la calle. En el ángulo que forma ésta con el callejón, un rayo de luz se proyecta sobre los cadáveres. Éstos emiten quejidos lastimeros, que poco a poco se individualizan, y se hacen voz, la voz de Lakhdar herido.

LAKHDAR. Ésta es la calle de los Vándalos. Es una calle de Argel o de Constantina, de Setif o de Guelma, de Túnez o de Casablanca. ¡Ay! Falta espacio para poder mostrar en todas sus perspectivas la calle de los mendigos y los lisiados; para llegar a oír el llamado de las vírgenes sonámbulas; para seguir los féretros de los niños y percibir, en la música de las casas cerradas, el frágil murmullo de los rebeldes. Aquí nací, por aquí me arrastro aún, aprendiendo a mantenerme en pie, con la misma herida umbilical que ya no puede recoserse, y de regreso al manantial sangrante, a nuestra madre incorruptible, la materia siempre presente, a veces generadora de

sangre y energía; otras, petrificada en la deflagración solar que me transporta hacia la ciudad fulgente del seno fresco de la noche; hombre muerto por una causa aparentemente inexplicable, mientras mi muerte no haya dado frutos, como un grano de trigo duro que cae bajo la guadaña para saltar más alto con el golpe que separa el grano de la paja, unidos el cuerpo aplastado y la conciencia de la fuerza que lo abate, en un triunfo general, en el cual la víctima enseña al verdugo el manco de las armas, sin saber este último que es él mismo quien padece, ni la víctima que la materia reposa, inexpugnable, en la sangre que se va secando y en el sol que la bebe... Ésta es la calle de los Vándalos, calle de fantasmas y militantes, de la chiquillería circuncisa y de los recién casados; ésta es nuestra calle. Por primera vez la siento palpar, como la única arteria crecida a la que puedo entregar mi alma sin perderla. Ya no soy un cuerpo, sino una calle. De ahora en adelante haría falta un cañón para destríbarme. Y aunque éste lo lograra, seguiría yo aquí, como el destello de un astro, glorificando las ruinas, y ningún cohete podrá hacer blanco en mi hogar, a menos que un niño precoz abandone la gravedad terrestre para evaporarse conmigo en un perfume de estrellas, en un cortejo íntimo en el cual la muerte no es más que un juego... Ésta es la calle de Nedjma, mi estrella, la única arteria a la que deseo entregar mi alma. Es una calle crepuscular siempre, en la que las casas pierden su blancura como si perdieran sangre, con una violencia de átomos al borde de la explosión.

Se hace un silencio, hasta que la voz de Lakhdar continúa.

Aquí se extienden en las sombras los cadáveres que la policía no quiere ver. Pero las sombras han echado a andar ante la luz única del día, y el montón de cadáveres sigue viviendo, recorrido por una última ola de sangre, como un dragón moribundo que juntara sus fuerzas en la hora de la agonía, cuando no puede comprender ya si es que el fuego se demora en toda la extensión de sus despojos, o sobre

una sola escama, viva aún, que ilumina su madriguera; así sobrevive la muchedumbre a su cabecera, en un exterminio que la arma y la libera. Aquí en mi callejón natal, aunque derrotado, mis labios paladean un sabor antiguo.

No se trata ya de la mujer que me amamantó, ni de la amante cuya mordida conservo, sino de todas las madres y todas las esposas cuyos abrazos siento, alzando mi cuerpo lejos de mí, y tan sólo persiste mi voz de hombre para declarar la plenitud de un masculino plural. Digo Nosotros y desciendo a la tierra para reanimar el cuerpo que ya me pertenece para siempre; aunque en la espera de esta resurrección, para que Lakhdar, asesinado, venga de ultratumba a despedir su propio duelo, necesito ajustar al flujo masculino el reflujo plural para que la atracción lunar me haga volar sobre mi tumba con la suficiente amplitud... Aquí yo me enumero sin esperar ya el final. Nosotros somos muertos. ¡Qué frase tan inverosímil! Hemos sido asesinados. Muy pronto llegará la policía a recogernos. Mientras tanto nos disimula sin atreverse a invadir las sombras, allí donde ninguna fuerza puede ya dispersarnos. Fuimos exterminados sin que la ciudad lo supiera... Una anciana, rodeada de su prole, fue la primera en vernos. Tal vez fue ella quien reunió a los pocos hombres que aún quedan, con la suficiente energía para armarse de picos y garrotes, y enterrarnos a la fuerza... Estos hombres se acercaron cautelosos, levantando las armas por encima de sus cabezas, mientras los habitantes observan desde el fondo de sus viviendas, apagadas, compartiendo la angustia y el terror que provocaba esta visión de los fantasmas inclinándose sobre el osario. Se había perpetrado una enorme masacre. Durante toda la noche, hasta la llegada del destello matinal que me despierta ahora, los habitantes permanecieron encerrados en sus casas, como si previesen su propia masacre, preparándose para ella mediante el recogimiento; después esos mismos fantasmas cesaron en sus idas y venidas. Los últimos cuatro gatos que quedaban hu-

yeron de repente. Algunos transeúntes, cada vez menos numerosos, se detenían un instante, alarmados por nuestros estertores, en el lugar de la refriega; ninguna patrulla vino a molestar sus furtivas meditaciones; experimentaron un nuevo sentimiento hacia los oscuros militantes, cuya oleada gemía aún a sus pies, en esta calle que siempre habían visto podrida y sombría, donde la gloria de una matanza semejante venía a prolongar súbitamente su callejón hasta los senderos del porvenir.

Nedjma, cubierta por un velo, sale de su habitación y va hacia el callejón. Desgarra sus vestiduras y su rostro. Se lamenta.

NEDJMA. Vean mi pecho ciego.
Lejos del amante que le fue arrancado.
Jamás llegaré a madurar
El pecho oscurecido por la ausencia
Nunca otra boca sabrá refrescarlo.
Lakhdar duerme con otros.
Ustedes me habían prevenido.
Yo había soñado con el fusilamiento
Pero él regresaría al crepúsculo
Debía ocultarle mi llanto y su cuchillo
Y heme aquí consagrada a la noche solitaria.
Viuda jamás desflorada
Flor ciega buscando al elegido arrebatado
En holocausto de hormiguero en flor
Así me ha dejado Lakhdar, la hormiga macho,
que atravesó el perfume altivo de mi lecho
para caer entre el montón de cuerpos ajenos.

HASAN. Desde que Lakhdar partió, hemos permanecido aquí, sin noticias. Nedjma no se ha movido de su sitio en todo el día. Ahora se va, silenciosamente, con la complicidad de la noche. Sí. Es su silueta la que se aleja bordeando los muros. No la he sentido salir...

MUSTAPHA. *(Que ha sido sacado, bruscamente, de su somnolencia.)* ¡Nedjma! No podemos dejarla ir. ¡Llámalas! Aunque Lakhdar no nos dijo que quedaba bajo nuestra custodia, la dejó aquí... Mírala cómo camina por entre los cadáveres. Ni el estupor, ni el miedo han hecho más lento su paso. He ahí que se detiene frente al macabro callejón. Su velo ondula en la noche; se diría que una barca inmóvil, al zozobrar, nos indica el horizonte. Lleguemos hasta ella. Si pestañeamos podría desaparecer. La más leve simulación de la gacela en fuga, a menudo demora al cazador.

Hasan ha salido furtivamente al encuentro de la silueta. Después de un momento de oscuridad sobre la escena, entra Nedjma, alucinada, con el velo desgarrado, seguida de lejos por Hasan. Nedjma se sienta en un banco.

TAHAR. *(Con una risa forzada.)* ¿Todavía está caliente tu café? ...Pero dime, ¿adónde ibas? ¿A casa de tus padres?

MUSTAPHA. Déjala beber tranquila. Ella no tiene familia. *(A Nedjma.)* Sencillamente, debemos esperar; tú conoces a Lakhdar mejor que nosotros...

TAHAR. *(De nuevo a la carga.)* Uno no deja a su familia por un loco como Lakhdar.

~~HASAN. *(Exasperado.)* Para que te enteres bien, carroña: si no fuera porque nuestro amigo está ausente, no te habríamos abierto jamás la puerta. No es por tus canas que lo hemos hecho.~~

TAHAR. ¡Lakhdar! ¡Lakhdar!... No hago sino oír su nombre. ¿No es mi hijo a pesar de todo?...

HASAN. Ya que necesitas precisiones; es el hijo de su madre. ¿Para qué traer a colación su esterilidad? Tú no eres más que un zángano, viejo chocho.

Un silencio. Nedjma, llevándose la taza a los labios monologa en voz baja, como encerrada por sus propias palabras.

NEDJMA. Las pisadas de los soldados fueron la única contestación a mis llamados. Continué deambulando hoy por los lugares prohibidos, por donde vamos viviendo sin poder morder; bestias clavadas al suelo por una bota inexpugnable, cuya presencia nos alucina como una promesa de lucha, indispensable para la venganza que meditamos sin decir palabra, sin tener siquiera un arma, pero seguros, por lo menos, de ser derrotados con el orgullo del que es invencible. Puesto que el único amor ha muerto, ahora más que nunca lo he de esperar. Levantaré el polvo y la sangre a mi paso, como una ternera que galopa hacia el matadero, buscando su semblanza perdida. Tantos rostros a mis pies, tantos espectros que se dispersan ante mí, y ningún rastro de Lakhdar.

MUSTAPHA. A menudo, cuando se le llama, Lakhdar guarda silencio.

TAHAR. Y yo hubiera perdido lo mejor de mis fuerzas corriendo como un miserable en busca del maldito, de este hijo adoptivo por el cual siento un amor que ustedes me reprochan; a mí, que soy el único padre que siempre conoció hasta que ustedes le llenaron la cabeza de locuras con todas esas ideas nuevas que no sé de dónde salen... Acaparado por camaradas cuyo nombre, a veces, hasta ignoraba, helo aquí perdido ahora, no solamente para su padrastro, sino también para su madre, a la que abandonó muy joven, a la salida de la escuela, el día en que ustedes decidieron burlarse de la policía; exhibiendo incomprensibles banderolas... Desde entonces no saben hacer otra cosa. La policía ya no es suficiente. Ahora les envían soldados. Y el resultado son los cadáveres de los jóvenes en la calle. Éstos también son de esos «camaradas» por los cuales ustedes lo han abandonado todo; los libros de texto, las herramientas, los hogares y

las familias, para agruparse ahora y siempre, en espera de que los policías y los soldados los conviertan también en cadáveres sin nombre, como éstos que ustedes ni siquiera pueden enterrar, aunque sean sus amigos, y tal vez Lakhdar, los que yacen aquí bajo sus mismas narices, en la misma calle en que solían reunirse.

MUSTAPHA. En esta calle hemos nacido todos. No será la policía quien nos desaloje. En cuanto a los cadáveres, la vieja calle conoce muchos otros... Ella verá pasar también el suyo, pobre viejo, el día de su entierro. Por allí tenemos que pasar todos. Lo que agobia a nuestra calle no es el número de muertos, sino la muerte solitaria de los cobardes, de los temerosos como usted, padres retrógrados que traicionan a los antepasados. Ustedes creen asegurar sus últimos días mandándonos a las canteras y las escuelas, donde somos perpetuamente cazados por aquellos cuya dominación les resulta imprescindible. Ustedes admiran el poderío, el lujo, las armas de los mercenarios que triunfaron sobre nuestros ancestros comunes. Ante los ojos de ustedes, la lucha no tiene ya sentido... Y qué otra cosa quiere decir eso sino que sus almas serviles los han impulsado a la ignominia de consentir voluptuosamente el aplastamiento, a seguir alimentando sueños de esclavitud a expensas de los hijos, al igual que hacen los que dominan; también ellos creen amar a sus hijos ingenuamente (la crápula siempre es ingenua), ya que los dominadores viven del fervor de ustedes, los asocian a su ignominia, creyéndose también que son padres fundadores. Pero ustedes serán los últimos engañados. Sus hijos, a pesar de ustedes mismos, han crecido en la calle. No han tenido tiempo para ser domesticados, y súbitamente los ven a ustedes reventar con sus sueños beatíficos. Nosotros no trabajaremos más en beneficio de los viejos tiempos de servidumbre.

TAHAR. Cada diez años, en este país de la desgracia, corre la sangre. Yo he visto demasiados mocosos enardecidos, como

ustedes, sufrir siempre la misma derrota. ¿Qué han logrado hacerle a las ametralladoras con sus banderas? Todas las revueltas se acaban tan rápido como las penas infantiles. A cañonazos han derribado nuestras casas. La milicia y el ejército vienen a reforzar la policía. A ustedes los golpean, los humillan, los hacen trabajar a la fuerza, disparan sobre sus malditas comitivas, todo lo cual viene siempre a recaer sobre los más inocentes. ¿Pueden contar con ustedes los nueve hijos del escribano que fue quemado vivo, después que lo rociaron con gasolina, porque tuvo el capricho de guardar los periódicos de ustedes?

HASAN. Tal parece que sientes placer en hacernos ese reproche.

MUSTAPHA. Deja que el cuervo grazne. No es él quien me preocupa. Dime, Hasan, ¿te acuerdas de aquel hombre joven que el tribunal militar condenó por «haber mirado en forma ultrajante a un funcionario en el ejercicio de sus funciones»?

HASAN. Lo recuerdo. Estaba en nuestra celda. Después de la fuga nos dijo: «¿Para qué permanecer en este país si la venganza es imposible?»

TAHAR. La mayoría de ustedes abandonó el país y se fue a Francia; se sentaron a la mesa de sus enemigos, hablaron su lengua y se pusieron el uniforme con el que antes habían disparado contra ustedes. Yo bebía, me iba de juerga con las mujeres, pero me quedé en el país. De modo que no he sido ni soldado ni mano de obra de las famosas fábricas de allá. Yo también podría acusarlos, pero de traición, de infidelidad. Hace dos años que Lakhdar regresó de París. Ni siquiera vino a hacernos la visita una sola vez. Su madre se pasa todos los días en la ventana con la esperanza de verlo pasar, por lo que me quedo sin comer y sin beber.

HASAN. ¡Sobre todo sin beber! Ahora mismo el olor a vino te hace increíblemente repugnante.

TAHAR. Desde entonces es que rezo. La idea me la dio un honesto comerciante. No pueden imaginar ustedes lo que es subir al alminar con las ropas bien blancas y un cuerpo puro.

Entra un mensajero del partido.

EL MENSAJERO. Buenas. *(Se sienta y ofrece cigarrillos.)*

TAHAR. ¿Qué noticias hay?

EL MENSAJERO. *(Sin percatarse de que Mustapha le hace señas para que desconfíe.)* Se recomienda mantener la calma. Ellos quieren medir nuestra fuerza, provocando el desencadenamiento de nuevos incidentes.

HASAN. Después dirán que algunos apacibles europeos fueron atacados...

EL MENSAJERO. Nuestros principales lugares de reunión han sido descubiertos y están siendo vigilados. No queda otro remedio que ocultarse y esperar, pero no dejarse arrestar. Si todos los responsables desaparecen como Lakhdar y muchos otros, el Partido sería decapitado.

HASAN. *(Señalando a Nedjma postrada.)* No nos hemos decidido aún a dar por desaparecido a Lakhdar.

EL MENSAJERO. Deben encontrarlo.

MUSTAPHA. ¿Cómo vamos a buscar a Lakhdar si tenemos órdenes de permanecer ocultos? ~~No sabemos si está entre las víctimas. ¿No les parece que la policía ha dejado los cuerpos en el mismo lugar con el único propósito de cogernos en la trampa?~~

EL MENSAJERO. *(Levantándose.)* Tal vez. *(Sale.)*

NEDJMA. *(Incorporándose bruscamente.)* Regresaré a verlos.

TAHAR. Se ha vuelto loca.

HASAN. ¡Silencio!

TAHAR. A cada quien su destino. ¿Por qué saldría ella? A cada quien su destino.

MUSTAPHA. Déjela hacer. Deberías acompañarla tú.

Nedjma sale, seguida a regañadientes por Tahar.

HASAN. ¿Dices que ella y Lakhdar riñeron la mañana de la manifestación? ¡Qué raro! Estoy seguro que lo cree muerto sencillamente porque él no quería volverla a ver. Sin otro motivo. Aunque, de repente, me pregunto si no habrá visto el cadáver de Lakhdar yaciendo en el callejón, al salir hace un momento. ¿No te parece que nos hace creer lo contrario para no mostrarnos su dolor?

MUSTAPHA. Nada hay más íntimo que el duelo de una mujer.

HASAN. ¿Crees tú que a ella le repugne mezclar su dolor con el nuestro?

MUSTAPHA. Suponiendo que ignoramos lo que ha visto tan claramente como nosotros, cree ahorrarnos...

HASAN. ...y al mismo tiempo logra controlar la pena que le resultaría insufrible si hablásemos con toda claridad. Cuéntame cómo fue que Lakhdar la dejó.

MUSTAPHA. Nos pasamos toda la noche preparando la manifestación. Al alba, Lakhdar comenzó a hacer grandes gestos. Quería cerrar las puertas, despedir a los militantes, ocuparse él mismo de todas las tareas. Al final no quedamos más que tres: Lakhdar, Nedjma y yo. Luchábamos por hacerle resistencia al sueño, como si presintiéramos que esta manifestación no iba a terminar como las otras... Nedjma se mantenía a distancia, pero no parecía contrariada. Yo era el que algunas veces me acercaba para hablarle. Lakhdar se había puesto a escribir hasta que Nedjma se levantó para abrir la puerta. El sol vino a posarse sobre nuestras cabezas con la vertiginosidad de un enjambre de abejas; embotados como estábamos por la fatiga de la noche, nos estremecían

sus suaves picadas. Nedjma y yo nos acercamos a la puerta para respirar el aire de la primavera, y nos quedamos allí, sorprendidos por la tibieza de la aurora, sin atrevernos a romper el hechizo. La voz de Lakhdar nos trajo de nuevo al local. «No hay porqué estar triste», nos decía. La ventana estaba abierta. Inclineda sobre la luz y el olor matinal de la calle, Nedjma suspiraba. Él se acercó a ella para decirle en voz baja: «Sin rencor alguno», y se alejó, recomendándome que asegurara esta casa como punto de reunión. Sólo entonces comprendí que habían reñido, por la forma en que Nedjma lo miraba al partir; con dureza y temor.

Al salir, Nedjma distingue a Lakhdar entre los cadáveres. Éste se ha incorporado penosamente. Su rostro y sus ropas están ensangrentados. Se tambalea en la calle como un obseso. Nedjma, enmudecida, mira fijamente aquella aparición, sin poder dar un paso.

LAKHDAR. Estoy de nuevo en nuestra ciudad. Va tomando forma ante mis ojos. Puedo mover otra vez mis miembros destrozados. Creo que la calle de los Vándalos llega a su final, como en una tormenta, antes del minuto preciso en que la noche se hunde en el corazón de las piedras y en el pecho de los insectos que, hasta llegar el alba, han sido azotados por el viento y la escarcha. De igual forma se ha elevado un muro inmenso entre la inmensa ciudad y yo. Salgo, al fin, de esta Muerte tenaz y de la difunta ciudad en la que estoy amortajado.

El eco trae disparos lejanos e irre-

Sobre un árbol desesperado, se empecina mi rica familia, rica por la sangre y sus raíces; la tribu del mausoleo desierto que vivió antes que yo en un aroma de café tostado; nuestros vecinos jamás se lo ofrecieron a Zorá, la madre abandonada que no me atrevo a volver a mirar sin haberla liberado del villano que se casó con ella en ausencia de mi verdadero padre, que murió en un automóvil con

una prostituta; ese padre cuya muerte atroz fue uno de los abismos que se tragó los restos de la tribu, este muerto que no me inspira nada, salvo la ferocidad de la suerte. Su breve paso me deja en la lejanía, como un pez muerto insensiblemente, procreado más allá del vientre materno, por segunda vez parido, consumido en la lenta digestión del tiburón cuyo cuerpo moribundo recorre después de haber atravesado las mandíbulas sin fuerzas. De esta forma mi muerte atraviesa otra muerte prematuramente paternal, y no tengo ya sino un padrastro para apartar a Zora, mi madre, de mi próxima sepultura, ni otros amigos que aquellos a los que les tocará Nedjma, mi amante en exilio. Y heme aquí doblemente derrotado, aunque vuelvo a ponerme en pie solo, como las estatuas mutiladas que resucitan tras los terremotos, sacudiendo y conmoviendo los universos con centelleantes furores, contra la ciega profanación del tiempo, de la muerte, de la debacle de la cual no se pueden liberar quizás nuestros espíritus sobrevivientes, salvo en el instante mío al fin, el instante sin duración ni regreso en el que puedo medirme, en las fronteras del destino, con innumerables enjambres. ¡Oh! Como el mortal tiburón que pierde velocidad cerca ya de los maravillados nadadores, igualmente el dios de los muertos se atrasa con mi propia historia, ahora que vengo a dormir a la calle, como las piedras, y que el tiempo se detiene por última vez a través de mí, sin poder cambiar conmigo mi máscara ni comprenderla; ahora que el tiempo le disputa a la muerte mi memoria, estoy emboscado lejos de ambos. De ahora en adelante, ningún horario ha de ser el mío, y mi sangre desperdiciada no conocerá ya jamás ritmo ni fluir.

Detonaciones.

Aún no estamos exilados, sino solamente vencidos en medio de la calle por la cual me arrastro, solo, bajo las mismas narices de los asesinos, ni muerto ni vivo, abandonado sin cultivar por sentencia de la primavera, por este olor de manigua arrasada, como el puercoespín que, abandonada la defensiva,

saborea en su madriguera el olor de las balas perdidas mientras humedece lentamente el suelo con su inaccesible agonía.

Detonaciones.

Estoy solo, y en mi sombra resuenan los peligrosos llamados de nuestra ciudad que fue abandonada por valentía, llena de toda nuestra existencia, la ciudad siempre joven, de fiesta al borde de la ruina.

Detonaciones. Salvas prolongadas que ocupan un nuevo silencio durante el cual Lakhdar deja de delirar para erigirse y pronunciar lentamente, palabra por palabra, la siguiente estrofa, en la que recobra la conciencia.

Oigo el ruido palpitante de la sangre, vuelvo a encontrar el grito de mi madre al parir, siento revivir en mí a los míos, a la *smala*¹ en el siroco que ha llegado a mis venas, y me yergo en el crepúsculo hacia los álamos atávicos cuya estatura mueve cada hoja, al gusto de una invencible cabalgata vegetal que recuerda, en el correr de la noche, la caballería nómada dispersa en el instante en que el Magreb iba, de nuevo, a la carga.

Salvas y galope, galope y salvas. El silencio renace.

¡En fin! Para cerrar con este horrible cúmulo de tiempo, el ~~asolado corazón que lo concentra, vuelvo a ser —no por artificio sino por amor— el hombre violento que no ha cesado de violar las sombras.~~

Lakhdar mira en derredor, haciendo dejación poco a poco de su obsesión y continúa con cierta ironía.

Todo el peso de la cuestión está en las manos crispadas que me retienen en el osario, y nuestra ciudad derrumbada no es más que la alegría de vivir entre muros.

¹ Familia numerosa. (N. del E.)

Lakhdar se tambalea al borde de la locura con un estallido de risa sarcástica.

NEDJMA. *(Corriendo hacia él.)* ¡Lakhdar!

Lakhdar está a punto de caer y Nedjma lo sostiene. Con su ayuda Lakhdar se apoya en la carretilla. El mercader duerme profundamente. Lakhdar lucha nuevamente con su obsesión.

LAKHDAR. Los hombres abandonados me ponen encima sus manos apesadas por gigantescas cadenas que salen, por lo que veo, de cuerpos putrefactos.

NEDJMA. ¡No quiero escucharte!

LAKHDAR. En esta ciudad, insoponible para los extranjeros, ninguno de nosotros jamás se dedicó a cazar a nadie. Cualquiera invasor podría de nuevo apuñalearnos, y a su vez fecundar nuestra sepultura, enseñándole su lengua a nuestros huérfanos, instalado tranquilamente con los suyos, sin espantarse por nuestras lamentaciones de ultratumba. Nadie puede oírnos, a pesar de haber gritado tanto... No hemos dejado de pedir con todas nuestras fuerzas este exilio que padecemos, ocupando el lugar de ustedes en este cementerio, nuestro suelo usurpado. ¿Será esto una trampa?

NEDJMA. *(Tapándole la boca con su mano extendida.)* ¡No te escucho! ¡No te escucho!

LAKHDAR. *(Tratando de regresar hacia los cadáveres.)* Déjame disimular, como alma que desata los últimos lazos de los muertos, estos cerebros que se rompen como flores anacrónicas sobre su tierra prohibida. ¡Oh, flor que se agita junto al néctar vomitado, manojo de cerebros oscurecidos en nuestras cabezas escondidas, atravesadas por numerosos enjambres de abejas de plomo!...

NEDJMA. ¡No quiero escucharte!

LAKHDAR. Vete. Separémonos sin que sufran nuestros monstruosos corazones. Basta sólo el alma para atravesar el mundo, por poco que uno hable en su último suspiro. Me callaré. Te tengo, muy cálida, en la punta de la lengua y remo en silencio para abordarte con la marea baja. Tu seno me paraliza como un arrecife. Nado penosamente, con brazadas cautelosas, hacia el sueño de la gruta. Y ahora vengo a rendirte el alma. Ya no me atrae el naufragio. Prefiero el don de la palabra al sueño, siempre que tú me sostengas. Pero las orillas de tu carne no son más que abismos y barreras. Desembarco mortalmente herido; me bastaría con alzar la voz para ser traicionado.

NEDJMA. Yo te aceché desde el fondo de los desfiladeros, y he conocido, en la intimidad de los asesinos, la caza del puercoespín. Siempre me has vencido.

LAKHDAR. Sí, pasaba mis días en una fosa, espiando a los que no caían en tu trampa. Ellos me pisoteaban el pecho, y tú te encogías de hombros, te pavoneabas ante ellos. Si yo reaccionaba, tus rebeldías me llevaban a nuevas caídas, de las que cada rival se aprovechaba, haciéndose fuerte en mi jaula. Entonces fue necesario compartir tus fechorías y renunciar hasta al suplicio.

NEDJMA. Mientes. ¿De qué suplicio estás hablando?

LAKHDAR. ~~Ese malentendido los envalentonaba. Tan sólo yo podía disipar su ignorancia. Y los rivales se conmovían llorando a veces al lado de mi fosa. Yo no podía abandonarlos ni consolarlos; yo, que aún llevaba la marca de tu garra. Por otra parte, mi voz hacia más pesada la carga aunque cada imprecación realizara tu prestigio.~~

NEDJMA. *(Distraída y tajante.)* ¡Una simple crisis de celos!

LAKHDAR. Pero si yo hubiera roto el hechizo, mis rivales se hubieran resignado a verme abandonar tu lecho seductor, y

me habrían enardecido en contra tuya. Hubiera descubierto en qué consistía el punto culminante del suplicio. Pero yo no quería alcanzar tu altura, sabiendo que más allá estaba el vacío.

NEDJMA. Jamás has querido conquistarme. Recuerda la mañana en que te separaste de mí, despidiéndote con frases sarcásticas.

LAKHDAR. Aquella mañana los soldados habían sido acuartelados y estaban preparados para intervenir. Nuestros organizadores lo ignoraban. Yo sabía solamente que la policía, tarde o temprano, iba a llegar. Esperaba a los compañeros nuestros encargados de establecer el orden. Los primeros grupos ya contaban con ellos. El pueblo viene siempre a la calle de los Vándalos. Era el momento de desplegarse por la avenida. La noche antes la policía se había situado en varias casas. Estábamos todos al acecho. Desde el balcón, al azar, dispararon las primeras balas. La muchedumbre estrechó filas. Cualquier cosa podía servirnos de proyectil, pero no teníamos protección alguna. Llegaron los soldados. Comenzaron a tirar en ráfagas y, de repente, yo estaba en el suelo con un gusto antiguo en la boca, ensordecido, insensible, pero con los ojos aún entreabiertos. Después la muchedumbre comenzó a danzar; yo no creía que estaba agonizando, o por lo menos, no escuchaba mis estertores ni los de los demás heridos; sentía el plomo en mi cuerpo y el ruido de la ciudad. Me pareció simplemente que el pueblo se había puesto a bailar. No había tristeza alguna, al contrario. Además, yo tenía cigarrillos. Ya no veía bien el charco rojo sobre el que estaba acostado. Hacía buen tiempo. La manifestación no se había terminado. Me pareció que los soldados eran como de otro mundo. En cuanto a los policías, los había olvidado. Pero la muchedumbre se me iba perdiendo. Fue entonces que me sentí débil.

Una pausa. Penumbra. Lakhdar y Nedjma se convierten en siluetas. Disparos, órdenes y quejidos. Alaridos de la muchedumbre embriagada por su propia masacre. Barullo. Refriega. Luz. La escena está vacía. Tan sólo el mercader se encuentra adormecido bajo el naranjo. Es de noche. Salen Nedjma, Mustapha y Hasan, ocultándose de casa en casa.

MUSTAPHA. Es inútil continuar. No lo encontraremos.

HASAN. Fue durante la segunda refriega que desapareció.

MUSTAPHA. *(Con dureza.)* Hubiera sido necesario cuidarlo, y después encerrarlo en nuestro local, pero no debimos dejarlo allí.

NEDJMA. ¡Yo no lo abandoné! Cuando sentimos los disparos y los gritos, me aferré a su brazo. Estaba apoyado allí *(Nedjma señala el naranjo.)* Le supliqué que me siguiera. No me contestó. Oímos muy cerca de nosotros a un grupo de hombres armados. Volví a suplicarle, a gritarle que se fuera a cualquier lugar si no quería seguirme. Pero él divagaba, tratando de ponerse en pie. En ese momento, la muchedumbre, en fuga bajo la balacera, me sumergió. Caí al suelo. Me levanté y de nuevo volví a caer. A mi alrededor, los hombres se caían, derribándome a su paso, como si su última voluntad fuera yacer sobre el cuerpo de una mujer desconocida.

MUSTAPHA. *(Con mayor dureza aún.)* Eso ya lo sabemos: incluso en medio de las balas, la mujer es el centro de la cuestión. Fue por eso que perdiste a Lakhdar. Cualquier día perderás también a sus amigos, si es que no ha ocurrido ya.

HASAN. *(Para desviar la cólera de Mustapha.)* Aquel mercader siempre está ahí. Tiene que haber visto a Lakhdar.

Se acercan al mercader. Hasan lo sacude sin miramientos.

EL MERCADER. (*Sobresaltado.*) ¡Maldito sea el hereje que me despierta! ¡Ah! Perdón. Creía que eran los soldados.

HASAN. ¿Tú no has visto a Lakhdar?

EL MERCADER. En nuestro país, muchos hombres se llaman así.

HASAN. Es uno de los nuestros. Todo el mundo lo conoce.

MUSTAPHA. (*Furioso, acercándose más.*) No estamos para bromas. Dinos si lo has visto.

EL MERCADER. No, no lo he visto.

MUSTAPHA. ¿Así que no conoces a nuestros hombres? Siempre estás aquí en la calle, ¿y no lo conoces?

EL MERCADER. (*Aterrado.*) Yo conozco tan sólo mi trabajo y a mis hijos.

MUSTAPHA. ¿Y qué es lo que haces en esta calle? ¿No le hablas a nadie?

EL MERCADER. ¡Ay, mis hermanos! Yo no hago política. ¿En qué podría eso beneficiarme?

MUSTAPHA. Los hay que sacan dinero. Los hay que sacan provecho de la policía.

EL MERCADER. Mis hermanos, yo tengo siete hijos. Me gano la vida como puedo. ¿Está prohibido ganarse la vida como uno puede?

MUSTAPHA. ¿Para ello cuentas con la policía? ¿Te permiten ganarte la vida? ¿Qué les das tú a cambio?

HASAN. Voy a decirte lo que les das. ¿Quieres oírlo?

EL MERCADER. (*Enloquecido.*) Hermanos míos, yo tengo siete hijos. Si no tuvieran hambre, crecerían rápidamente y el país sería liberado.

MUSTAPHA. Si todos nos hiciéramos soplones; ¿sería ése un modo de salir de la miseria?

NEDJMA. Déjenlo tranquilo. No es más que un viejo.

MUSTAPHA. De modo que, mientras duermes, llevas a cabo tu oficio de perro. (*Mustapha se acucilla junto al mercader y lo acosa.*) ¿Sin duda sueñas con el gobernador? ¿Tienes pesadillas quejumbrosas como las de los perros?

EL MERCADER. (*Postrándose.*) Perdónenme. Yo los tomé por enemigos. Cualquiera comete un error. Al amigo de ustedes lo hirieron.

HASAN. (*Acercándose por el otro lado.*) ¿Dónde se refugió?

EL MERCADER. (*Señalando a Nedjma.*) Esta mujer lo vio. Estuvieron hablando junto a mi carretilla, sin notar que yo estaba cerca. Entonces ocurrió la segunda refriega. Yo no vi nada. Les juro que enseguida me desaparecí de allí.

Oscuridad. Golpes prolongados de gong. Luz. El comandante conversa con otro oficial, mostrándole el mapa de África que se proyecta sobre una pantalla.

EL COMANDANTE. Recuerde la historia de la Numidia y tendrá la del África del Norte en la actualidad, con la única diferencia de que hemos reemplazado a los romanos en los puestos de mando. No fue fácil antaño derrotar a los jinetes de la Numidia. Hoy en día tenemos la aviación y el país se encuentra dividido en tres. Pero sigue siendo el mismo pueblo. No lograremos someter a sus habitantes, a pesar de haber desplazado hacia aquí un número de colonos jamás alcanzado en ningún otro imperio africano. En Túnez y en Marruecos, tal como sucede aquí, son los mismos hombres los que se vuelven contra nosotros. Vuelven a la carga, resurgiendo de los siglos pasados, y muerden el polvo para reaparecer enseguida, nómidos en derrota que se reúnen una y otra vez para una nueva carga.

La luz se desplaza hacia Lakhdar que está cubierto de polvo y magulladuras, frente a Margarita.

MARGARITA. ¿A usted lo atacaron?

LAKHDAR. Sería difícil precisarlo.

MARGARITA. Vine a frenar justamente frente a su cuerpo. Iba sola al timón. Tuvo suerte... Frené en el momento preciso. Usted se movía. Pude oír algunas palabras francesas...

LAKHDAR. ¿No se habrá confundido? Había otros heridos.

MARGARITA. No, de eso estoy segura. Sus palabras resultaban incomprensibles, pero hablaba en francés.

LAKHDAR. (*Ruborizado.*) He ahí lo que sucede por ir a la escuela.

MARGARITA. ¿Cómo dice?

LAKHDAR. (*Controlándose.*) Nada.

MARGARITA. Pasé mucho trabajo para transportarlo. Afortunadamente soy enfermera. Me gusta cuidar de los demás. Pero no es mi oficio. Mi padre no quiere que trabaje. Dice que con su sueldo nos alcanza. En París, a veces, ofrecía mis servicios. Aquí resulta demasiado repugnante. En fin, detuve la hemorragia.

LAKHDAR. Me siento mejor.

MARGARITA. Si usted quiere, le aviso a mi padre. Hará venir una ambulancia.

LAKHDAR. Cree usted que su padre...

MARGARITA. Es un oficial.

Lakhdar se sobresalta. Margarita lo mira fijamente antes de continuar en voz baja.

MARGARITA. ¿Es usted extranjero? No, usted es árabe. Me doy cuenta de ello al mirarle más de cerca. Tiene usted tipo de árabe.

LAKHDAR. Sí, lo tengo.

MARGARITA. (*Pensativa.*) ¡Qué raro...! A los otros no se lo noto. Están sucios, llenos de piojos. Usted no es como ellos. Acuéstese en mi cama.

LAKHDAR. Dormiré en casa de mis amigos.

MARGARITA. Lo dejo solo. Acuéstese en mi cama.

Margarita sale. Entra Nedjma.

NEDJMA. Discúlpame. Te buscan tus amigos. Te vieron bajarte aquí.

LAKHDAR. ¿También ustedes me vigilan? ¿Acaso soy un esclavo o un niño?

NEDJMA. Vengo siguiéndote desde muy lejos. No he de ser yo quien te guarde. Siempre estás abismado en tu propia imagen, si es que puede llamarse así a esa araña que te cruza por la frente. Yo te persigo mientras tú me ciegas y me golpeas. Sobre mí pesa tu alma cruel, y te guardo luto, aunque, en realidad, sólo has muerto para mí.

LAKHDAR. Jamás se pierde

Al amante que un nuevo soplo

Entierra fuera de estación.

Cultivado lejos de mis surcos

Ofrezco la soledad a tu yugo

Y mi ausencia hará florecer tu abandono.

NEDJMA. Me has sembrado definitivamente

En mis propios flancos

Y he ahí que te disuelves nube rota

Cuya agua me había sido prometida.

LAKHDAR. Como un saco a tu espalda
 Fumo confundido contigo
 Inundo tu boca sellada
 Henchido de tus olorosas nubes
 Como un saco a tu espalda
 Fumo confundido contigo
 Tierra abatida, compañera imprevisible
 De repente cubierta por tu trigo duro.

NEDJMA. Yo que vi la guadaña arrebatarte.

LAKHDAR. Pero saldré del silo.
 Y ya no sabrás
 Qué antiguo asalto vuelve a cubrirte.
 ¡Olvidada
 Tu invernial
 Desnudez!
 Llevo el alma hacia la muerte que se olvida.
 ¡Que la hechicera-destino
 Se quite sus mantos nupciales!
 ¡Que se consuma virgen
 Sentada ante la hoguera!
 ¡Que simule en vano
 Desde el fondo de las grutas nupciales,
 Su ruina en cascada!
 El amor, la muerte y el alma:
 ¡Remordimientos escondidos por los antepasados
 Que al mismo tiempo denuncian su presencia
 como una plaga reanimada en tiempos de penuria, en el
 campamento de los oscuros amantes que no sabrían re-
 conocerse sin quemar sus últimas lágrimas luchando con-
 tra un alma adversaria que se siente sola!

Entran Hasan y Mustapha.

MUSTAPHA. (Señalando a Lakhdar.) Aquí está, vivo y hasta
 con ánimos para hablar.

LAKHDAR. Un momento.

*Entra Margarita, que se sorprende ante los dos mili-
 tantes.*

NEDJMA. No tenga miedo. Nosotros nos vamos.

LAKHDAR. (Emocionado.) ¡Pues no! Sigamos juntos. (Indi-
 cando a Margarita.) Es de París. Con ella se siente uno
 como si hubiera cruzado el mar.

MARGARITA. Voy a cerrar la puerta.

NEDJMA. (Dolorosamente.) No se tome tantas molestias.

MUSTAPHA. (Con voz culpable.) Ya no hay remedio.

*Cinco proyectores iluminan la escena. El primero pone
 de relieve el rostro tumefacto de Lakhdar, que Marga-
 rita mira fascinada, en el destello del segundo proyector,
 revelando el nuevo amor que ha florecido sin saberlo
 el herido. El tercer proyector dibuja la impotente pro-
 vocación de Nedjma, cuyos ojos amargos parecen di-
 solver la dulzura rival. El cuarto proyector oscila con
 la doble mirada que Mustapha distribuye entre Nedjma
 y Lakhdar. A este último comienza a odiarlo y Nedjma
 ya empieza a desesperarlo. El quinto proyector se apaga
 primero sobre Hasan, un tanto retraído, solitario y soli-
 dario al mismo tiempo. Después Mustapha, Margarita
 y Nedjma vuelven sucesivamente a la sombra. El
 quinto proyector se apaga sobre los labios de Lakhdar
 en el momento en que comienzan a hablar.*

LAKHDAR. (Rompiendo el hielo.) ¿Tiene usted algo de beber?
 Bastará cualquier bebida. Usted brindará con nosotros. Sin
 rencor alguno.

Margarita trae de beber. Brindan a la salud de Lakhdar.

HASAN. ¿Y tus heridas?

LAKHDAR. Como acabadas de recibir.

MARGARITA. Ha perdido mucha sangre.

NEDJMA. ¿Lo van a rellenar como un odre?

MUSTAPHA. *(Celoso.)* Él se vuelve insensible como esos árboles que los picos de las cigüeñas desgarran hasta los huesos.

LAKHDAR. *(Inclinándose súbitamente sobre Mustapha.)* La misma cigüeña *(Señalando a Nedjma.)* te hace mover el pico. Pero estoy tranquilo. Somos hermanos. Los cuervos no se profanan entre sí... Ahora, dime: ¿Dónde están nuestros hombres?

Mustapha, disgustado, no responde. Se hace un silencio. Es Hasan quien responde.

HASAN. En el distrito no quedamos más que nosotros. Sería necesario reagrupar los hombres. Nuestro local es uno de los pocos que no ha sido saqueado. Los periódicos dicen que el estado de sitio no va a durar mucho. Pero, por otro lado, los hombres sospechosos entre dieciocho y sesenta años están siendo transportados lejos de la ciudad en convoyes militares.

LAKHDAR. *(A Margarita.)* ¿Qué piensa su padre?

MARGARITA. *(Pensativa.)* Él ejecuta órdenes.

MUSTAPHA. Sí, son los colonos los que deciden. Han obtenido el consentimiento de París para que los poderes sean El gobernador mismo no puede hacer nada. Tenemos que esperar lo peor.

LAKHDAR. ¿Es posible calcular nuestras pérdidas?

MUSTAPHA. No veo más que tres categorías: las víctimas, los prisioneros y los que han logrado escaparse de nuevo. No

se termina nunca. Del otro lado de la fosa se acumula la noche total. Aunque haya pasado la alarma, están tramando alguna catástrofe.

LAKHDAR. Se les escapará la victoria de las manos por miedo al castigo.

MARGARITA. No piensen que París va a desaprobarnos al ejército.

MUSTAPHA. Conocemos bien el poder de los colonos. Un buen día se aparecen en Francia para atemorizarlos a ustedes. Es más, ya los atosigan, los engañan y los dejan atrás. Son sus mercenarios y nunca se sienten suficientemente poderosos. Como culminación de su servil arrogancia, llegarán a rebelarse contra ustedes.

MARGARITA. *(Aterrorizada.)* Hablen más bajo... Desde su despacho lo oye todo.

MUSTAPHA. ¿Quién?

MARGARITA. ¡Mi padre!

Mustapha y Lakhdar se miran. A la exclamación de Margarita, la puerta vuela en pedazos bajo la bota del comandante, quien, a su vez, es derribado a quemarropa por Hasan. Margarita vacila un instante y se coloca decididamente en el centro de la acción. Pasa por encima del cuerpo de su padre para sujetar a Lakhdar, que se tambalea aturdido.

MARGARITA. Rápido. Llevémonos a los dos. El auto está delante de la puerta.

Margarita lleva a Lakhdar, que no hace resistencia. Salen de escena, seguidos por Mustapha, que carga el cuerpo del comandante. Quedan solos Hasan y Nedjma.

HASAN. *(Aún bajo la fascinación de su propio acto.)* Es en realidad su padre.

NEDJMA. Me importa poco.

LAKHDAR. No tiene porqué detestarla. No es más que una simple muchacha extranjera, desarraigada, ociosa, obligada a vivir la vida del cuartel, sofocada por el espíritu de casta junto a un padre despiadado. Como una sonámbula, fue lanzada por su soledad entre nosotros. Se une a la juventud como quien se pasa al enemigo, pasando por encima de su propia sangre, sin conocer verdaderamente el campo que ha elegido, sacada de su reclusión por un golpe de suerte...

NEDJMA. *(Aspera.)* Me importa poco.

HASAN. ¿No estarás celosa?

NEDJMA. Vamos, de verdad que eres un burro con tu revólver... Delante de mí, Lakhdar y Mustapha se odiaban. ¿No te diste cuenta? Frente a esta francesa, renació entre ellos la amistad.

HASAN. Es así como los celos de amor ceden ante la fraternidad de las armas.

Oscuridad. Golpes de gong. Atmósfera de bar lleno de gente. En el centro de la escena, Nedjma habla.

NEDJMA. Ya es tiempo de narrar lo que sucedió cuando Lakhdar dejaba atrás sus años de infancia. Le parecía entonces que estaba destinado a vivir en un país extranjero, cuyo nombre no he de pronunciar... Varios años después de haber madurado la idea de su partida, fue que comenzaron a ocurrirle todas las cosas. Su padre vivía día y noche en un café. Lakhdar recordaba haberlo acompañado allí cuando la sequía dejaba a los hombres sin trabajo. Los obreros, los campesinos y los empleados, y hasta el abogado mismo, no salían del café. Bebían poco o mucho. Jugaban a las cartas o al dominó. Así pasaban el mal tiempo. El abogado leía el periódico, frotándose, a cada rato, los ojos; los demás inclinaban la cabeza para reflexionar. El padre de Lakhdar quería pasar inadvertido. «Los periódicos son como las fórmulas de los hechiceros —decía—, no todo el

mundo los puede descifrar...» Una mañana la policía llevó a cabo varias redadas en la calle. La gente corrió a refugiarse en los cafés, en las tiendas y los baños, y hasta en la misma estación... Y Lakhdar entró al café...

Nedjma sale de escena. Los obreros, los campesinos y los empleados, así como el abogado, ocupan ahora el centro del lugar de la acción. Tahar se encuentra entre ellos. Mustapha permanece en el fondo. Lakhdar se desliza hasta donde está este último.

LAKHDAR. *(Que percibe a su padrastro, rezonga.)* Hay mucha gente aquí hoy.

TAHAR. Contigo tenemos uno más.

LAKHDAR. No te busco, padre mío. Sólo quiero estar tranquilo.

MUSTAPHA. Siéntate, camarada. Respeta un poco a tu padre.

En ese momento, el abogado, deteniéndose frente a su periódico, da un pequeño grito.

EL ABOGADO. ¡Ahora sí! El jefe del partido fue condenado. Veinte años de trabajos forzados.

EL EMPLEADO. *(Indiferente.)* He ahí que el maestro llora.

EL ABOGADO. No eres tú quien se toma la molestia de informarnos.

EL EMPLEADO. Disculpe, maestro, pero tiene usted una mala manera de decir las cosas.

MUSTAPHA. ¿Condenado de acuerdo con la ley? Disculpe, maestro... ¿Cómo fue que condenaron al jefe?

EL ABOGADO. *(Con un aire de conocedor de la materia.)* Entre la ley y los colonos: está bien condenado.

LAKHDAR. ¿Y no tiene defensa?

EL ABOGADO. No es la primera vez. Morirá en la cárcel.

UN CAMPESINO. Entonces, ¿no hay esperanzas?

MUSTAPHA. Escuchándolo a usted, maestro, se diría que todos, tarde o temprano, seremos condenados.

EL ABOGADO. ¡Ay, hijos míos, ustedes me han comprendido bien! La ley nos amenaza sin cesar, y nos hace sentir su peso, con sentencias como ésta. La ley, sin embargo, no golpea directamente a las masas. Mientras nos mantengamos unidos, ella nos permitirá vivir sumisos. Si por desgracia un descontento...

TAHAR. ¡Bravo, maestro! ¡Eduquenlos!

LAKHDAR. ¿Qué quiere usted decir? ¿Que el jefe del partido ha sido el único en rebelarse, y que así ha sido otras veces sin podernos convencer? ¿Quiere usted decir que nosotros no lo hemos seguido hasta las últimas consecuencias?

EL ABOGADO. Sí, hijo mío, también tú me comprendes. Yo sostengo que es insensato salir de un pueblo hambriento e ignorante como el nuestro para caer, por sí mismo, bajo el peso de la ley. Me parece que está muy claro para todos que este infeliz se encuentra abandonado. Su condenación no sirve sino para intimidarnos un poco más, y nosotros no hacemos otra cosa que sufrir las redadas que no tienen un verdadero fundamento...

LAKHDAR. Bravo, maestro, debe usted haber conocido muchos jueces, porque ha hablado sabiamente...

EL ABOGADO. (*Modesto.*) Hace veinte años que estoy inscrito en el foro...

LAKHDAR. Pero yo pienso en ese hombre que acaban de condenar. A él también acaban de inscribirlo en el foro, por

veinte años, sólo que del otro lado del estrado... ¿Comprende usted, maestro, comprende usted?

EL ABOGADO. (*Perdido.*) Sí, yo he conocido muchos jueces.

LAKHDAR. ¿Los conoció usted de hombre a hombre?

EL ABOGADO. Claro que sí; en los veinte años que hace que estoy inscrito...

LAKHDAR. Es decir, que su ley no resulta inaccesible... Basta con inscribirse en el foro. Verdaderamente, me inspira usted a hacerlo.

EL ABOGADO. (*Irritado.*) Ya es muy tarde, joven, para terminar sus estudios...

LAKHDAR. ¡Vengan señores, vengan! ¡Acérquense todos! Todo el mundo puede inscribirse en el foro. Desde luego, tendrá que ser del otro lado del estrado, porque la ley va a cambiar de campo. Maestro, no se preocupe, su condenación será leve...

UN OBRERO. ¡Total! ¡Por una vez que pago los tragos!...

EL ABOGADO. ¡Que Dios los acompañe, hijos míos! Voy a ver si llegó el periódico.

El abogado sale, saludado por el bullicio general.

MUSTAPHA. Al maestro no le agrada nuestro entusiasmo.

EL EMPLEADO. Es un hombre libre, pero tiene preocupaciones.

UN OBRERO. Prefiero mi cabeza de esclavo.

LAKHDAR. (*A Mustapha.*) Es el momento de comenzar...

MUSTAPHA. (*Sacando un carné del bolsillo.*) Se abre la sesión.

Obreros y campesinos se acercan en silencio. Tahar se queda solo en el mostrador.

LAKHDAR. (A Tabar.) Comenzaremos cuando te hayas ido.

TAHAR. (Al dueño del café.) Vas a hacer fortuna con éstos.

Tabar sale, seguido por algunos empleados. La reunión comienza con un ligero murmullo. Después se escucha parte de la exposición que se destaca, en voz baja, concentrando la atención.

MUSTAPHA. ...Sus celdas no son las nuestras; nunca podrán aislar a nuestros prisioneros. Hay que organizar las salas comunes a pesar de la presencia de los condenados por delitos comunes; no hay que esperar a que nos arresten por sorpresa; debemos, por el contrario, ir penetrando las penitenciarías con un plan de liberación total, que comprenda hasta los bandidos de delito común, porque no tenemos por qué juzgar a los que están en el otro extremo de nuestras mismas cadenas.

Una por una se apagan las luces, mientras que los militantes se ponen de pie y salen, cada uno por su lado. La luz se apaga sobre las sombras de Lakhdar y Mustapha, proyectadas en la pantalla. En primer plano, los barrotes de la prisión militar. En su interior, Lakhdar, Mustapha y Hasan se reúnen en la misma celda. Los espectadores van reconociendo los rostros de los tres prisioneros que no volverán a ver durante la escena, pero escucharán sus voces con claridad a través de los altoparlantes. Delante de los barrotes que figuran en el primer plano, a ambos lados de la calle sobre la cual da el tragaluz de la celda, se encuentra el coro de la muchedumbre formando dos filas que se distinguen una de otra. Los personajes del coro no son simbólicos, con excepción de Margarita, la parisina, que se destaca entre los demás por su elegancia, sus paseos melancólicos por el medio de la calle, y porque ella espera tan sólo noticias de Lakhdar, mientras que la

muchedumbre, que ha dejado sus ocupaciones, camina de un lado a otro o permanece como adormecida, en una especie de recogimiento necesario para escuchar al trío de prisioneros.

HASAN. No van a fusilarte; esto no es más que una comedia para obligarte a hablar.

LAKHDAR. Me dijeron que se llevaría a cabo mañana a primera hora. Tal parecía que esperaban de mí una respuesta.

MUSTAPHA. ¿Te resultó muy duro recibir la noticia? ¿Más duro que las torturas?

LAKHDAR. Una vez escuchada la sentencia,

El tiempo pasa a ser un recuerdo del fusilamiento futuro. Las lágrimas se detienen por sí mismas con un murmullo de cataratas subterráneas. Sólo quedan flotando en la memoria Los últimos días del invierno. Son los recuerdos de la escuela...

MUSTAPHA. Estábamos juntos...

LAKHDAR. ...El mismo invierno, Mustapha y yo, confundiendo nuestros bandos rivales, vigilantes precursores a la salida de la escuela, a la que llegábamos los primeros.

MUSTAPHA. ~~He soñado con aquello. Hasta esta misma mañana lo soñé. Y ahora me doy cuenta: nada significa haber vivido juntos, si no se descubre una memoria común, si no se mide la profundidad común de esta memoria, para no dudar ya más de que uno de nosotros ~~estará~~ siempre aquí.~~

LAKHDAR. Soñando igualmente con los días de invierno, te he asociado a la próxima caída, como a la salida de la escuela, cuando había refriegas. Entonces ignorábamos la condena enemiga. Pero ahora

siento que mi sangre hierve
frente a los hombres, ¡siempre los mismos!
Desde la infancia los vi como enemigos.
Ya entonces me henchía el odio,
el odio y el deseo
de vérmelas con ellos cara a cara
para saber si en verdad nos habían vencido.

MUSTAPHA. Hemos sabido desde la infancia que sería necesario combatirlos. En vano han tratado de prever nuestros golpes. Desde que aprendimos a correr, tomamos el tiraflecha y ocupamos la manigua. En vano perecemos en lugar de ellos; nuestra sepultura les estará siempre reservada. Caerán como moscas bajo el solo efecto de nuestra ausencia. ¿Cómo podrían vivir sin nosotros?

LAS DOS MITADES DEL CORO. *(Alternando.)* «...Cómo podrían vivir sin nosotros? Caerán como moscas bajo el solo efecto de nuestra ausencia. ¿Cómo podrían vivir sin nosotros?»

De esta manera, la voz del prisionero ha penetrado en el coro de la muchedumbre, que la devuelve en un eco, definiendo con ese final de estrofa tanto a los prisioneros como a sus verdugos, mientras que las mismas palabras tenían un sentido único en boca de Mustapha, y se referían solamente a los verdugos. Lakhdar retoma inmediatamente la voz del coro.

LAKHDAR. ¿Será que la proximidad de la muerte hace más terrible nuestra cólera, o que revivimos los sueños belicosos de la niñez, será la guerra o será un sueño? Cien años hace ya que nos desarman. Apenas tenemos con qué salir de cacería...

LAS DOS MITADES DEL CORO. *(Alternando.)*
«Apenas tenemos con qué salir de cacería...
Cien años hace ya que nos desarman.
¿Será la guerra o será un sueño?»

Se hace un silencio, tras el cual la voz de Hasan comienza dulcemente.

HASAN. *(Con voz muy queda.)* ¿Por qué no tratas de dormir un poco?

MUSTAPHA. El sueño no es ya cosa de este mundo
Para el que ha de ver la aurora desnuda.
Como un amante que desafía el curso de la noche...

LAS DOS MITADES DEL CORO. *(Alternando.)* «Como un amante que desafía el curso de la noche... Para el que ha de ver la aurora desnuda, el sueño no es ya cosa de este mundo.»

HASAN. *(Continúa al unísono con Mustapha, en un dúo que reagrupa las dos mitades del coro, estremeciendo a Margarita.)*

Y nosotros sus compañeros de celda
Velando al mismo Lakhdar siempre apurado,
El mismo Lakhdar ya con poco espacio y tiempo,
Ante cuya mirada inclinamos la cabeza,
Deslumbrados por el enjambre
De ardiente metal que lo atraviesa
En el minuto cumbre
En que su cabeza conquista el rayo
Y se inclinan los fusiles.

Al terminar este último verso, se unen las voces de Hasan y Mustapha para hacer un dúo que reagrupa las dos mitades del coro alrededor de Margarita. Todo el coro repite entonces la estrofa completa, dirigiéndose a Margarita, que permanece en silencio. Después el coro invade rápidamente la prisión, haciéndose invisible, mientras queda Margarita sola en la calle. La voz de Lakhdar continúa.

LAKHDAR. Siento más que nunca la opresión universal
Ahora que la más insignificante palabra
Pesa más que una lágrima.

Contemplo nuestro país y veo que es pobre.
Lo veo lleno de hombres decapitados.
Y vuelvo a encontrar a estos hombres,
uno a uno, en mi mente.

¡Es que nos llevan la delantera
y al instante queremos seguirlos!

Todo el coro sin hacerse visible, repite estos últimos versos:

«¡Es que nos llevan la delantera, y al instante queremos seguirlos!»

LAKHDAR. Cada año, con cada profunda oleada
De nuestros espectros en vano apuñaleados
Es el mismo hundirse en las rocas
Es una nueva perdición
Que ha de ser deplorada por mayor tiempo.
Pero nuestra alma se lamenta raramente.
Porque tenemos entre dientes al Tiempo herido.
Como tanto joven pensador
Encerrado en su templo.
Porque más allá de las estrellas
Sufrimos dolores peligrosos
Que conmocionan el origen de nuestra muerte.

En este momento surge un grupo de soldados que penetra en la prisión. Vuelve a salir casi inmediatamente, escoltando a tres desconocidos que son fusilados simbólicamente en la calle, a la luz de un proyector que indica el despertar del día. Después salen de escena los soldados, y el coro surge de la prisión para sepultar, con los debidos gestos, los tres cuerpos. Murmurando la plegaria de los muertos, el coro vuelve a colocarse a ambos lados de la calle, alrededor de Margarita, que continúa esperando. Mientras tanto, el proyector se ha apagado sobre los tres hombres fusilados para anunciar la aurora a Lakhdar, que estará solo de ahora en adelante.

LAKHDAR. Ha llegado el momento. ¡Que me dejen ver el día, aunque sólo sea para alejar los malos pensamientos. Ha llegado el momento de separarme de mi cabeza. ¡Qué súbita invasión: todo lo que he estado buscando, a su vez me buscaba! ¡Aquí el implacable viento contrario nos gobierna!

LAS DOS MITADES DEL CORO. *(Alternando.)* ¡Aquí el implacable viento contrario nos gobierna!

Dos oficiales entran a la prisión. Se escucha cómo torturan a Lakhdar.

OFICIAL 1º Serás ejecutado en tu celda.

Se escuchan los alaridos de Lakhdar. El proyector, enloquecido, recorre los muros de la prisión mientras que las dos mitades del coro repiten lúgubrementemente.

EL CORO. «En tu celda serás ejecutado. Serás ejecutado en tu celda.»

Después de un prolongado silencio, se escucha cómo reinician el interrogatorio.

OFICIAL 1º Míralo. ¡Qué ojos pone...! Nunca había visto cosa igual.

OFICIAL 2º *(Dirigiéndose a Lakhdar.)* Fíjate que sólo lo estamos haciendo por guardar las formas. El jefe tiene la intención de despacharte. Así que, ¡habla!

LAKHDAR. *(Gritando por el altoparlante.)* ¿Esta es su forma de ejecutar? ¿Es así? Entonces, hablen ustedes. ¡Hablen!

El jefe de la policía entra a la prisión. No lleva uniforme. Cuando entra, se escucha cómo Lakhdar grita ante la proximidad de la muerte. Un silencio. Se escucha el final del interrogatorio.

EL JEFE DE LA POLICÍA. ¿Cómo es que todavía no han terminado con éste?

OFICIAL 1º Creo que ha perdido la razón. Con un tipo como éste, las torturas, sin que lo tome usted como una falta de respeto, no sirven para nada. Ya están acostumbrados.

EL JEFE. Se fastidió. Toda su vida verá visiones. Gritará como un poseso. Que regrese junto a los suyos. Que vuelva a la casa de su madre. Cuando lo vean así, comprenderán.

Lakhdar abandona la celda sin escolta. Titubea en la calle congestionada, entre las dos mitades del coro, frente a la aparición que simboliza el enemigo: es Margarita, abrumada por los sarcasmos del coro.

EL CORO. *(Señalando a Margarita.)*

He aquí a la parisina
El alma de la ciudad abierta
La hija del verdugo
El ramo atroz de los fusilados
He aquí a la parisina
La milenaria
La ingenua
He aquí a la parisina
La ignorante
La cruel
La hija del verdugo
Que tardó tanto. ¡Cuánto tardó
En unirse al bando de las víctimas!
He aquí a la parisina.

Lakhdar toma del brazo a Margarita. El coro continúa murmurando y Lakhdar le responde, llevándosela.

LAKHDAR. *(Señalando a Margarita.)*

Ella tardó tanto. ¡Cuánto tardó!
En unirse al bando de las víctimas!
Jamás podré amarla
Aunque siempre le eche de menos.

Aspecto normal de la calle. Vendedores. Mujeres cubiertas con velos hacen sus compras. Lakhdar desvaría. El mercader delante del naranjo.

UNA MUJER. ¡Ése es Lakhdar! En carne y hueso... Y dicen que está muerto.

Naranjas agrias
Naranjas agridulces
Se venden sueltas
y por libras
¡Naranjas!

LA MUJER. ¡Dame dos naranjas, barba del diablo! ¡Pésalas! Tú prefieres venderlas sueltas.

EL MERCADER. *(Evasivo.)* Si es Lakhdar quien paga...

LAKHDAR. *(Que ha escuchado desde lejos.)* ¡Eh! ¿Qué? ¿Qué?

LA MUJER. *(Al mercader.)* Coge tu dinero.

LAKHDAR. *(Al llegar a la carretilla.)* ¿Para qué me quieren?

LA MUJER. *(En voz baja.)* Sígueme, Lakhdar, yo te devolveré la razón.

LAKHDAR. *(Esquivo.)* No comprendo.

LA MUJER. *(Tomando de la mano a Lakhdar.)* Vamos.

(Se alejan juntos.)

LA MUJER. ¿Quién soy yo para tí?

LAKHDAR. Mi hermana, o la hermana de otro cualquiera; es lo mismo.

LA MUJER. ¿Qué ha sido de Nedjma?

LAKHDAR. (*Mirando al cielo.*) Antes era la Osa Mayor. Después me quedé dormido. ¿Cómo voy a distinguirlo a pleno sol?

LA MUJER. (*Tristemente.*) ¡Cómo has cambiado! (*Aparte.*) Hubiera preferido sentarme sobre su tumba que verlo así, vacilante, como un ciego o un loco. Quiera Dios que la noche caiga al fin sobre él.

Todas las luces se apagan durante un instante. Al volver a encenderse, la mujer, sin el velo, resulta ser Nedjma. Lakhdar se ha ido. Nedjma está ahora en compañía de Margarita y Tabar.

TAHAR. (*Completamente borracho.*) Las palomas se comen tiernas y también viejas...

NEDJMA. Viejo zorro de boca pestilente
No sé qué me impide romperte los dientes
Con un solo golpe de mi brazalete.
Ven, Margarita. Este hombre, aunque sea la causa
de mi desgracia, no me interesa. No contestes su saludo.

Mientras se retiran las dos mujeres, aparece Lakhdar; se dirige directamente a Nedjma.

NEDJMA. (*Temblorosa.*) ¡Ven, Margarita! ¡Vámonos!

LAKHDAR. Perdona, mi hermana, ¿adónde vas?

NEDJMA. (*Apartando la vista.*)
¡Está loco! No quiero contemplarlo.

Tabar, que estaba oculto en el fondo de la escena, se acerca a hurtadillas.

TAHAR. (*Fulminante.*) ¡Cielos! ¡Han soltado a la víbora!

Tabar se abalanza sobre Lakhdar y lo acuchilla. Las dos mujeres y el asesino huyen en dirección contraria.

Lakhdar va tambaleándose hasta el naranjo, del que se agarra para no caer. La muchedumbre lo rouca.

UN HOMBRE. (*Que se apiada de Lakhdar.*) Otro infeliz que se va...

LAKHDAR. (*Aferrándose al naranjo.*) ¡Oye, hombre! ¿Estás llorando porque aplastaron la rebelión? No llores más.

OTRO. Todos los míos han muerto quemados. La casa está hecha cenizas. Este año comienza y acaba mal...

LAKHDAR. (*Luchando con el delirio.*) Dormiremos juntos todos cuando el árbol me haya dejado caer.

UNA MUJER. Yo tenía un hijo cuyo solo nombre me resul-
taba odioso...

Que había llegado hasta mi delicado secreto de doncella,
El nombre del hijo perdido pesa mucho más en mis
entrañas,

Más aún que cuando allí dormía protegido
Antes de que se le cortara de la esfera carnal,
Comprimido antes de llegar
A este desierto en el que mi boca siente añoranza de
su hambre,

Y odio hasta el nombre que le han dado
Para de nuevo arrebatármelo a escondidas,
Y ya no acecho el curso de los años
Con el deseo de plenitud de antaño,
Yo que perdí tres de cada cuatro estaciones
Para acunar un monstruo fugitivo.

La muchedumbre se agrupa en un coro dividido: a un lado de la calle los hombres y al otro las mujeres, frente a frente, componiendo así las dos mitades del coro. Las mujeres repiten al unísono la estrofa anterior, haciendo suyas las lamentaciones maternas. Después la mujer que le habló a Lakhdar continúa sus confidencias, el coro de mujeres le hace eco.

LA MISMA MUJER. (A Lakhdar.) Apenas adolescente, partió para Francia; pero yo sé que se ha regresado... No viene jamás a visitarme y se empeña en vivir en la calle como un bandido.

El coro repite solamente el final de la estrofa para hacer más amplio el sentido primitivo. Cada mujer se dirige al hombre que tiene enfrente, asociándolo al reproche que se le acaba de dirigir a Lakhdar.

EL CORO DE MUJERES. (Dirigiéndose a sus compañeros.) «...Jamás vienen ustedes a visitarnos, y se empeñan en vivir en la calle como bandidos.»

Lakhdar, que continúa aferrándose al árbol, contesta al reproche que le hicieron anteriormente.

LAKHDAR. Ve, pobre mujer, tienes todo el tiempo para llorar. Para ti, esposo e hijo son la misma cosa: Ambos han muerto. Antes que la tierra se abra para recibir tu caída, Porque un padraastro está siempre presente Para ensombrecer tu viudez Y perseguir a tu huérfano.

LA MUJER. (Acercándose a Lakhdar.) ¿Qué estás diciendo, hijo mío? ¿Qué es lo que dices? ¿Será posible que mi secreto también sea el tuyo, o será esto delirio y presentimiento?

LAKHDAR. En vano hablo de mí en pasado...

LA MUJER. (Más cerca aún.) Dime, solamente, si Lakhdar ha muerto. Porque el duelo es privilegio mío, y a cada agonizante hago esta cruel pregunta.

LAKHDAR. Jamás podría darte certezas. Yo el último de los campesinos Sacrificado en mi árbol

No sé lo que me ata
Si el hombre que yo era
O el puñal que toma mi lugar.

La parte masculina del coro, dirigiéndose a la fila de mujeres, retoma el comienzo de la estrofa precedente.

EL CORO DE HOMBRES. (Dirigiéndose a las mujeres.)

Jamás podríamos darles certezas.
Nosotros los últimos de los campesinos
Sacrificados en nuestros árboles
No sabemos lo que nos ata...

Lakhdar retoma toda la estrofa, concluyéndola para su madre, a la que ha reconocido en la mujer que se acercó a él.

LAKHDAR. Jamás podría darte certezas.
Yo el último de los campesinos
Sacrificado en mi árbol
No sé lo que me ata
Si el hombre que yo era
O el puñal que toma mi lugar
¿Qué podría significar para la viuda de mi padre
El saberme asesinado
Por el segundo esposo que ella no eligió?
¿Has visto cómo las serpientes gozosas
Se enredan en el heno? De esta manera
Se tuerce mi memoria por entre el asesinato y el exilio.
Y este puñal que me clava al árbol,
Es el deslumbramiento que hipnotiza al joven escorpión;
Cercado en la manigua de mi origen, no le debo nada
a mi padraastro,
Ni siquiera el asesinato, ni el gesto mismo del sacrificio,
Porque él dista mucho de ser Abraham, y qué soy yo
sino un gato.
Que desolló una lechuga sobre la más frágil rama
Cuya caída sólo espero para cegar al pájaro diurno

Entre las ramas donde me cree adormecido.

Redoble de tambor. La muchedumbre, agitada, abandona la escena. Queda sólo Lakhdar aferrado al árbol.

LAS VOCES DEL CORO. *(Perdiéndose en la lejanía.)*

¡Militantes del partido del pueblo!

¡No abandonen sus refugios!

La hora del combate aún está lejos.

¡Militantes del partido del pueblo!

Entran en escena Mustapha y Hasan, conversando.

MUSTAPHA. Hay que irse. Retirémonos a las montañas.

HASAN. Los campesinos nos darán asilo.

MUSTAPHA. Tenemos que rehacer nuestras fuerzas.

HASAN. Regresaremos con mayor vigor.

MUSTAPHA. *(Deteniéndose.)* Detente. ¿No es ése Lakhdar?
(Señalando hacia el árbol.)

HASAN. ¡Es él, sin duda alguna, nuevamente herido!

LAKHDAR. ¡Los saludo, amigos! No se vayan sin decir palabra, como quien se separa de un difunto... Por lo menos, déjenme un cigarro.

MUSTAPHA. No es posible que continúes en esa posición. *(Va hacia el árbol, seguido por Hasan.)* Nosotros te llevaremos.

LAKHDAR. *(En tono violento.)* ¡Quédense donde están! *(Se le quiebra la voz. Continúa con dificultad, sin bajar el tono.)* Ya no siento el puñal. Tengo casi la impresión de que está metido en el árbol. Resuena como un escudo, insensible, desde que la muerte me agarró por la espalda con su caricia inesperada. ¡No se muevan de donde están! Si ustedes quisieran extraer el puñal, tendría yo que volverme de espaldas y dejar este árbol; sobre él muero por defenderlo del granizo.

MUSTAPHA. ¡Te mantienes en pie, en esta especie de estrangulamiento voluntario; pero te niegas a dar un paso al frente!

LAKHDAR. Pregúntenle al árbol. Pregúntenle si él puede irse o si debo yo echar a andar.

MUSTAPHA. Entonces te llevaremos nosotros de cualquier forma.

LAKHDAR. Sólo se llevan los cadáveres. Váyanse, y déjenme unos cigarros.

Redobles de tambores.

LA VOZ DEL CORO. *(En la lejanía.)* ¡Militantes del partido del pueblo...!

Mustapha y Hasan se aferran al anigo agonizante.

HASAN. Es inútil, dejémosle. En vano lucha con su cadáver. ¿Cómo podría seguirnos?

MUSTAPHA. Sí. Dejémosle. Para él, nosotros no somos más persuasivos que los árboles. Está en lucha con su propio cadáver.

Hasan y Mustapha examinan largamente el rostro ensombrecido de Lakhdar, que rompe súbitamente el silencio cuando Hasan y Mustapha salen de escena con paso muy lento, como siguiendo un imaginario cortejo fúnebre.

LAKHDAR. ¡Adiós, camaradas! ¡Qué horrible juventud hemos tenido!

Entra la madre de Mustapha, buscando al hijo que partió hacia el exilio. Camina a tientas por delante del árbol sin percatarse de Lakhdar. Lleva puesta la túnica azul de los hospitales psiquiátricos, sus cabellos, que comienzan a blanquear están parados de punta. Su m...

rada febril no se detiene sobre nada. Sus gestos y su silueta quebrada no tienen ya nada de femenino. El aullar de pájaros hechizados se intercala a veces en su delirio. Pronuncia el nombre de Mustapha cada vez con voz distinta, como si fuera capaz, al transformar su nombre en conjuro mágico, de asir la imagen dispersa de su hijo.

LA MADRE. ¡Mustapha! ¡Mustapha! (Aullidos.) ¡Mustapha!

LAKHDAR. Allí está. Me espera en este mundo como yo lo espero en el otro. Nos pasamos la vida diciéndonos adiós.

LA MADRE. (En estado de hipnosis.) ¡Mustapha! ¡Mustapha! (Aullidos.)

LAKHDAR. (Respondiendo como en eco.) ¡Mustapha!

Los aullidos de los pájaros hechizados terminan con un gorjeo primaveral. La loca se agacha, cabizbaja, y su voz se eleva, ligera y desgarrada, secundada por el coro invisible de plañideras.

LA MADRE. (Arrodillándose ante el naranjo que sostiene a Lakhdar.)

Sobre el banco del gran hospital
Soy la loca fugitiva
Viuda que espera su condena
Madre en aislamiento

Aullidos de pájaros dados por el coro de plañideras, que retoma la estrofa anterior. El diálogo continúa entre Lakhdar agonizante y la madre de Mustapha.

LA MADRE. (A tientas alrededor de Lakhdar.)

Dejé que crecieran las leonas
Sin poderles peinar el cabello
¡Los pájaros lo habían vaticinado!
Deben haber degollado al hijo

Y rasurado la cabeza de las hijas
En memoria de su madre demente
Y los pájaros, saltando, se burlan
Se burlan de mí, se burlan
Del hijo que me espera sobre el banco
Sobre el banco del gran hospital.

LAKHDAR. También me esperaba a mí
En el sitio en que su madre divaga
Sin miramientos hacia mi verde horca
Y sin una palabra, me dejó a pesar de todo
Para estrecharse a otros árboles
Así nuestros astros se suceden
Mujeres y hombres, cuerpos y fortunas:
¡Nada resiste al éxodo
Y la madre de otro se ha vuelto la mía
En este triple y siniestro abandono!

El coro invisible de hombres interviene en la lejanía.

EL CORO. ¡Cae la noche y nuestro universo en pleno
Se asoma a la ventana de la nada!
No lapiden a la loca
Que se levantó a cerrarla
Por ello se abismaron sus ojos.

LA MADRE. (Que mientras sale se cae y se levanta una y otra vez.)

La noche es la culpable de mi caída
Y los pájaros se burlan

Por el altoparlante se escuchan gritos de ¡Electro-shoc!
¡Electro-shoc! ¡Electro-shoc! al mismo tiempo que un relámpago ilumina el árbol. Simultáneamente se escuchan los aullidos de los pájaros.

Se burlan de mí, se burlan...

Mientras la madre de Mustapha salta fuera de escena interviene el coro completo.

EL CORO. Así nuestros astros se suceden
Hombres y mujeres, cuerpos y fortunas
Nada resiste al éxodo.

El viento comienza a silbar mientras Lakhdar, en un último esfuerzo, se aferra al árbol.

LAKHDAR. Sin miramientos hacia mi verde horca
Han desfilado demasiados hombres y mujeres
Triste cortejo en el que la muerte vela y sigue a
los ausentes.

La luz se apaga. El viento silba con más fuerza. Es el viento de la muerte. El mercader con su carretilla entra a la escena débilmente iluminada. Lakhdar y el árbol han quedado en la sombra.

LAKHDAR. Todas las penas son capitales
Para el que logra llegar al centro,
Al centro del destino.
Aquí soy un hálito, y mi lengua ya corrompida,
Irá a nutrir la inmensidad con las algas.
Aquí hay que vomitarlo todo
Las penas, las ciencias, los recuerdos, las quimeras,
Y como el océano debo devolverlo todo
Sin guardarme perla ni cadáver
Y tengo que confesarlo todo
Si quiero marcharme puro
Al otro confín del destino
Donde no cabe máscara trágica
ni gentío, ni transeúnte,
En el seno de las alturas castas
Donde el beso es estrella
Donde la melena empieza por los talones
Donde el saber es un relámpago fiel
Y el amor una sola noche sin memoria.

Oscuridad. Luz. Golpes prolongados de gong. El mercader dormido al pie del muro. Lakhdar en el árbol.

LAKHDAR. ¡Eh, durmiente!

EL MERCADER. *(Sin levantar la cabeza.)* Sigue hablando muchacho. Yo no creo en fantasmas. Puedes esconderte detrás de los árboles. Ya pasé la edad del miedo.

LAKHDAR. *(Entre dientes.)* En el momento de las confidencias siempre la escena se encuentra vacía.

Tanto peor. Entonces convocaré a la célula tan sólo para mí. De todos los ausentes inexcusables, uno solo sigue pesándome: Mi padre cuyo cuerpo fue devuelto bajo una manta mientras yo esperaba de él que me contara el final de un cuento y un sueño extraño.

Un día estaba él sumido en las tabernas, en la compañía de borrachos y asesinos. Todos iban en busca de una extranjera muy bella e instruida, tan bella y discreta que ya los amigos de mi padre se habían peleado hasta el alba para abrirse paso entre la muchedumbre y llegar a ella, en el soberbio hotel donde su amante la recibía. A mi padre lo devoraba la cólera y el despecho tras esta mujer que era seguida respetuosamente en las bodas... Aquel día fue herido cruelmente en el rostro por la navaja que un viejo le lanzó desde una ventana, mientras acechaba a la indiferente cortesana, echando delante de sus amigos, manojos de sangre espesa e hirviente. Tampoco pude evitar los atroces gritos que di entonces, nada más que para aliviar el bochorno y las pasiones sin fin de mi padre, porque acababa de nacer, y gritaba noche y día, como señalando al hombre infame que me tomaba en sus brazos para exhibirme delante del objeto de su despecho y su odio: esta extranjera que aparecía siempre en horas tardías en la ventana, mientras yo gemía de sueño desde el fondo de la pasión paterna... Por fin, descendía ella con paso vivo, la extranjera en persona, con su rostro impuro y sus gestos, observada por la gente como en un rito, la mujer de perfume desconocido que me tomó en sus brazos mientras yo respiraba sobre su seno más pesado y bello (siempre me pareció que debía tener otros más, ya

que mi humilde madre tan sólo tenía dos), y que mi padre, clavado delante de la extranjera que me acariciaba sonriente, y de la otra gente que se detenía ante esta singular escena, se entregaba a un silencio que me llenaba de remordimientos y de celos. Yo, el niño de seis años tan gravemente herido por la pasión paterna; yo, que fui el más violento rival de mi madre cuando aún no me habían salido todos los dientes; yo, que no quise jamás aceptar que la extranjera había desaparecido, que a mi padre se lo habían llevado bajo una manta, mientras yo jugaba en la calle con Nedjma; Nedjma, la hija de la extranjera que mi padre había criado.

Con estas palabras Lakhdar se desploma ante el naranjo como fulminado. Las luces vuelven a encenderse. Allí, perseguido por Nedjma, trepa al naranjo. Golpes prolongados de gong. El cadáver de Lakhdar desaparece poco a poco bajo una nube de hojas muertas. Allí está sentado a horcajadas en lo más alto del árbol. Parte un gajo para hacerse un tiraflechas.

NEDJMA. ¡Bájate de ahí! ¡Que te bajes, digo! Vamos, bájate. Y dame ese cuchillo.

ALÍ. Es el cuchillo de mi padre. Es mi cuchillo.

NEDJMA. ¡Y encima de eso tienes los bolsillos llenos de naranjas verdes! Bótalas. ¿Cuántas veces tengo que decirte que esas naranjas están envenenadas? ¡Vamos, bájate!

Alí no desciende. Va sacando las naranjas de los bolsillos, las coloca en el tiraflechas y apunta hacia el público. Lluvia de naranjas sobre la sala. Cae el telón, acribillado por el tiraflechas mientras que la voz del coro murmura en la lejanía: «Militantes del partido del pueblo. No abandonen sus refugios.»
Oscuridad total. Luz. Golpes prolongados de gong.

TELÓN

Hocine Bouzaber

Serkaji

(A LA SOMBRA DE BARBARROJA)

Departamento Multidisciplinario José Emilio González
Instituto de Estudios Interdisciplinarios
Facultad de Humanidades
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

DEPARTAMENTO MULTIDISCIPLINARIO
FAACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

Traducción de Fausto Pérez Jorda